

Fuenteovejuna



FÉLIX LOPE DE VEGA

Lope de Vega

Fuenteovejuna

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-26382-0-7

Publisher: Vi- Da Global S.A

Copyright: Vi-Da Global S.A

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Personajes

Hablan en ella las personas siguientes
[en orden de actuación]:

FERNÁN GÓMEZ [DE GUZMÁN, Comendador mayor de la Orden de Calatrava]

FLORES [criado de Fernán Gómez]

ORTUÑO [criado de Fernán Gómez]

EL MAESTRE DE CALATRAVA [Rodrigo Téllez Girón]

LAURENCIA [hija de Esteban]

PASCUALA [labradora]

FRONDOSO [labrador]

BARRILDO [labrador]

MENGO [labrador]

ALONSO [alcalde]

ESTEBAN [alcalde, padre de Laurencia]

REINA DOÑA ISABEL

REY DON FERNANDO

DON MANRIQUE [Maestre de la Orden de Santiago]

REGIDOR 1.º de Ciudad Real

REGIDOR 2.º de Ciudad Real

CUADRADO [regidor de Fuente Ovejuna]

JUAN ROJO [otro regidor de Fuente Ovejuna, tío de Laurencia]

LEONELO [licenciado por Salamanca]

CIMBRANOS [soldado]

JACINTA [labradora]

UN JUEZ [pesquisidor]

UN MUCHACHO

Músicos

Algunos labradores

Acto primero

Salen el COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO, criados

COMEND. ¿Sabe el Maestre que estoy en la villa?

FLORES. Ya lo sabe.

ORTUÑO. Está, con la edad, más grave.

COMEND. ¿Y sabe también que soy
Fernán Gómez de Guzmán?

FLORES. Es muchacho, no te asombre.

COMEND. Cuando no sepa mi nombre,
¿no le sobra el que me dan
de Comendador Mayor?

ORTUÑO. No falta quien le aconseje
que de ser cortés se aleje.

COMEND. Conquistará poco amor.
Es llave la cortesía
para abrir la voluntad;
y para la enemistad
la necia descortesía.

ORTUÑO. Si supiese un descortés
cómo lo aborrecen todos
-y querrían de mil modos
poner la boca a sus pies-,
antes que serlo ninguno,
se dejaría morir.

FLORES. ¡Qué cansado es de sufrir!
¡Qué áspero y qué importuno!
Llaman la descortesía
necedad en los iguales,
porque es entre desiguales
linaje de tiranía.
Aquí no te toca nada:
que un muchacho aún no ha llegado
a saber qué es ser amado.

COMEND. La obligación de la espada
que se ciñó, el mismo día
que la cruz de Calatrava
le cubrió el pecho, bastaba
para aprender cortesía.

FLORES. Si te han puesto mal con él,
presto le conocerás.

ORTUÑO. Vuélvete, si en duda estás.

COMEND. Quiero ver lo que hay en él.

Sale el MAESTRE DE CALATRAVA y acompañamiento

MAESTRE. Perdonad, por vida mía,
Fernán Gómez de Guzmán;
que agora nueva me dan
que en la villa estáis.

COMEND. Tenía muy justa queja de vos;
que el amor y la crianza
me daban más confianza,
por ser, cual somos los dos,
vos Maestre en Calatrava,
yo vuestro Comendador
y muy vuestro servidor.

MAESTRE. Seguro, Fernando, estaba
de vuestra buena venida.
Quiero volveros a dar los brazos.

COMEND. Debéisme honrar,
que he puesto por vos la vida
entre diferencias tantas,
hasta suplir vuestra edad el Pontífice.

MAESTRE. Es verdad.
Y por las señales santas
que a los dos cruzan el pecho,
que os lo pago en estimaros,
y como a mi padre honraros.

COMEND. De vos estoy satisfecho.

MAESTRE. ¿Qué hay de guerra por allá?

COMEND. Estad atento, y sabréis
la obligación que tenéis.

MAESTRE. Decid que ya lo estoy, ya.

COMEND. Gran maestre don Rodrigo
Téllez Girón, que a tan alto
lugar os trajo el valor
de aquel vuestro padre claro,
que, de ocho años, en vos
renunció su maestrazgo,
que después por más seguro
juraron y confirmaron
Reyes y Comendadores,
dando el Pontífice santo

Pío segundo sus bulas,
y después las tuyas Paulo
para que don Juan Pacheco,
gran Maestre de Santiago,
fuese vuestro coadjutor:
ya que es muerto, y que os han dado
el gobierno sólo a vos,
aunque de tan pocos años,
advertid que es honra vuestra
seguir en aqueste caso
la parte de vuestros deudos;
porque muerto Enrique cuarto,
quieren que al rey don Alonso
de Portugal, que ha heredado,
por su mujer, a Castilla,
obedezcan sus vasallos;
que aunque pretende lo mismo,
por Isabel, don Fernando,
gran príncipe de Aragón,
no con derecho tan claro
a vuestros deudos; que, en fin,
no presumen que hay engaño
en la sucesión de Juana,
a quien vuestro primo hermano
tiene agora en su poder.
Y así vengo a aconsejaros
que juntéis los caballeros
de Calatrava en Almagro,
y a Ciudad Real toméis,
que divide como paso
a Andalucía y Castilla,
para mirarlos a entrambos.
Poca gente es menester,
porque tiene por soldados
solamente sus vecinos
y algunos pocos hidalgos
que defienden a Isabel
y llaman Rey a Fernando.
Será bien que deis asombro,
Rodrigo, aunque niño, a cuantos
dicen que es grande esa cruz
para vuestros hombros flacos.
Mirad los condes de Urueña,

de quien venís, que mostrando
os están desde la fama
los laureles que ganaron;
los marqueses de Villena,
y otros capitanes, tantos,
que las alas de la fama
apenas pueden llevarlos.
Sacad esa blanca espada,
que habéis de hacer, peleando,
tan roja como la cruz;
porque no podré llamaros
Maestre de la cruz roja
que tenéis al pecho, en tanto
que tenéis la blanca espada;
que una al pecho y otra al lado.
entrambas han de ser rojas;
y vos, Girón soberano,
capa del templo inmortal
de vuestros claros pasados.

MAESTRE.

Fernán Gómez, estad cierto
que en esta parcialidad,
porque veo que es verdad,
con mis deudos me concierto.
Y si importa, como paso
a Ciudad Real, mi intento,
veréis que como violento
rayo sus muros abraso.
No porque es muerto mi tío,
piensen de mis pocos años
los propios y los extraños
que murió con él mi brío.
Sacaré la blanca espada,
para que quede su luz
de la color de la cruz,
de roja sangre bañada.

COMEND.

Vos, ¿adónde residís?
¿Tenéis algunos soldados?
Pocos, pero mis criados;
que si dellos os servís,
pelearán como leones.
Ya veis que en Fuenteovejuna
hay gente humilde, y alguna
no enseñada en escuadrones,

MAESTRE. sino en campos y labranzas.
 ¿Allí residís?
 COMEND. Allí de mi encomienda escogí
 casa entre aquestas mudanzas.
 Vuestra gente se registre;
 que no quedará vasallo.
 MAESTRE. Hoy me veréis a caballo,
 poner la lanza en el ristre.
Vanse, y salen PASCUALA y LAURENCIA
 LAURENCIA. ¡Más que nunca acá volviera!
 PASCUALA. Pues a la he que pensé
 que cuando te lo conté,
 más pesadumbre te diera.
 LAURENCIA. ¡Plega al cielo que jamás
 le vea en Fuenteovejuna!
 PASCUALA. Yo, Laurencia, he visto alguna
 tan brava, y pienso que más;
 y tenía el corazón
 brando como una manteca.
 LAURENCIA. Pues ¿hay encina tan seca
 como esta mi condición?
 PASCUALA. Anda ya; que nadie diga:
 de esta agua no beberé.
 LAURENCIA. ¡Voto al sol que lo diré,
 aunque el mundo me desdiga!
 ¿A qué efeto fuera bueno
 querer a Fernando yo?
 ¿Casárame con él?
 PASCUALA. No.
 LAURENCIA. Luego la infamia condeno.
 ¡Cuántas mozas en la villa,
 del Comendador fidas,
 andan ya descalabradas!
 PASCUALA. Tendré yo por maravilla
 que te escapes de su mano.
 LAURENCIA. Pues en vano es lo que ves,
 porque ha que me sigue un mes,
 y todo, Pascuala, en vano.
 Aquel Flores, su alcahuete,
 y Ortuño, aquel socarrón,
 me mostraron un jubón,
 una sarta y un copete.

Dijéronme tantas cosas
de Fernando, su señor,
que me pusieron temor;
mas no serán poderosas
para contrastar mi pecho.

PASCUALA. ¿Dónde te hablaron?

LAURENCIA. Allá en el arroyo, y habrá seis días.

PASCUALA. Y yo sospecho
que te han de engañar, Laurencia.

LAURENCIA. ¿A mí?

PASCUALA. Que no, sino al cura.

LAURENCIA. Soy, aunque polla, muy dura
yo para su reverencia.

Pardiez, más precio poner,
Pascuala de madrugada,
un pedazo de lunada
al huego para comer,
con tanto zalacatón
de una rosca que yo amaso,
y hurtar a mi madre un vaso
del pegado canjilón;
y más precio al mediodía
ver la vaca entre las coles,
haciendo mil caracoles
con espumosa armonía;
y concertar, si el camino
me ha llegado a causar pena,
casar una berenjena
con otro tanto tocino;
y después un pasatarde,
mientras la cena se alía,
de una cuerda de mi viña,
que Dios de pedrisco guarde;
y cenar un salpicón
con su aceite y su pimienta,
y irme a la cama contenta,
y al «inducas tentación»
rezalle mis devociones,
que cuantas raposerías,
con su amor y sus porfías,
tienen estos bellacones;
porque todo su cuidado,
después de damos disgusto,

PASCUALA. es anochecer con gusto
y amanecer con enfado.
Tienes, Laurencia, razón;
que en dejando de querer
más ingratos suelen ser
que al villano el gorrión.
En el invierno, que el frío
tiene los campos helados,
decinden de los tejados,
diciéndole «tío, tío»,
hasta llegar a comer
las migajas de la mesa;
mas luego que el frío cesa,
y el campo ven florecer,
no bajan diciendo «tío»,
del beneficio olvidados,
mas saltando en los tejados,
dicen: «judío, judío».
Pues tales los hombres son:
cuando nos han menester
somos su vida, su ser,
su alma, su corazón;
pero pasadas las ascuas,
las tías somos judías,
y en vez de llamarnos tías,
anda el nombre de las pascuas.

LAURENCIA. No fiarse de ninguno.

PASCUALA. Lo mismo digo, Laurencia.

Salen MENGO, BARRILDO y FRONDOSO

FRONDOSO. En aquesta diferencia
andas, Barrildo, importuno.

BARRILDO. A lo menos aquí está
quien nos dirá lo más cierto.

MENGO. Pues hagamos un concierto
antes que lleguéis allá,
y es, que si juzgan por mí,
me dé cada cual la prenda,
precio de aquesta contienda.

BARRILDO. Desde aquí digo que sí.

Mas si pierdes, ¿qué darás?

MENGO. Daré mi rabel de boj,
que vale más que una troj,
porque yo le estimo en más.

BARRILDO. Soy contento.
FRONDOSO. Pues lleguemos.
Dios os guarde, hermosas damas.
LAURENCIA. ¿Damas, Frondoso, nos llamas?
FRONDOSO. Andar al uso queremos:
al bachiller, licenciado;
al ciego, tuerto; al bisojo,
bizco; resentido, al cojo,
y buen hombre al descuidado.
Al ignorante, sesudo;
al mal galán, soldadesca;
a la boca grande, fresca,
y al ojo pequeño, agudo.
Al pleitista, diligente;
gracioso, al entremetido;
al hablador, entendido,
y al insufrible, valiente.
Al cobarde, para poco;
al atrevido, bizarro;
compañero, al que es un jarro,
y desenfadado, al loco.
Gravedad, al descontento;
a la calva, autoridad;
donaire, a la necedad,
y al pie grande, buen cimiento.
Al buboso, resfriado;
comedido, al arrogante;
al ingenioso, constante;
al corcovado, cargado.
Esto al llamaros imito,
damas, sin pasar de aquí;
porque fuera hablar así
proceder en infinito.
LAURENCIA. Allá, en la ciudad, Frondoso,
llámase por cortesía
de esa suerte; y a fe mía,
que hay otro más riguroso
y peor vocabulario
en las lenguas descortesas.
FRONDOSO. Querría que lo dijese.
LAURENCIA. Es todo a esotro contrario:
al hombre grave, enfadoso;
venturoso, al descompuesto;

melancólico, al compuesto,
y al que reprehende, odioso.
Importuno, al que aconseja;
al liberal, moscatel;
al justiciero, cruel,
y al que es piadoso, madeja.
Al que es constante, villano;
al que es cortés, lisonjero;
hipócrita, al limosnero,
y pretendiente, al cristiano.
Al justo mérito, dicha;
a la verdad, imprudencia;
cobardía, a la paciencia,
y culpa, a lo que es desdicha.
Necia, a la mujer honesta;
mal hecha, a la hermosa y casta,
y a la honrada... Pero basta;
que esto basta por respuesta.

MENGO. Digo que eres el dimiño.

BARRILDO. Soncas que lo dice mal.

MENGO. Apostaré que la sal
la echó el cura con el puño.

LAURENCIA. ¿Qué contienda os ha traído
si no es que mal lo entendí?

FRONDOSO. Oye, por tu vida.

LAURENCIA. Di.

FRONDOSO. Préstame, Laurencia, oído.

LAURENCIA. ¿Cómo prestado? Y aun dado.
Desde agora os doy el mío.

FRONDOSO. En tu discreción confío.

LAURENCIA. ¿Qué es lo que habéis apostado?

FRONDOSO. Yo y Barrildo contra Mengo.

LAURENCIA. ¿Qué dice Mengo?

BARRILDO. Una cosa que, siendo cierta y forzosa, la niega.

MENGO. A negarla vengo
porque yo sé que es verdad.

LAURENCIA. ¿Qué dice?

BARRILDO. Que no hay amor.

LAURENCIA. Generalmente, es rigor.

BARRILDO. Es rigor y es necesidad.
Sin amor, no se pudiera
ni aun el mundo conservar.

MENGO. Yo no sé filosofar;
 leer, ¡ojalá supiera!
 Pero si los elementos
 en discordia eterna viven,
 y de los mismos reciben
 nuestros cuerpos alimentos,
 cólera y melancolía,
 flema y sangre, claro está.

BARRILDO. El mundo de acá y de allá,
 Mengo, todo es armonía.
 Armonía es puro amor,
 porque el amor es concierto.

MENGO. Del natural, os advierto
 que yo no niego el valor.
 Amor hay, y el que entre sí
 gobierna todas las cosas,
 correspondencias forzosas
 de cuanto se mira aquí;
 y yo jamás he negado
 que cada cual tiene amor
 correspondiente a su humor,
 que le conserva en su estado.
 Mi mano al golpe que viene
 mi cara defenderá;
 mi pie, huyendo, estorbará
 el daño que el cuerpo tiene.
 Cerraránse mis pestañas
 si al ojo le viene mal,
 porque es amor natural.

PASCUALA. Pues ¿de qué nos desengañas?

MENGO. De que nadie tiene amor
 más que a su misma persona.

PASCUALA. Tú mientes, Mengo, y perdona;
 porque ¿es materia el rigor
 con que un hombre a una mujer,
 o un animal quiere y ama su semejante?

MENGO. Eso llama amor propio, y no querer.
 ¿Qué es amor?

LAURENCIA. Es un deseo de hermosura.

MENGO. Esa hermosura ¿por qué el amor la procura?

LAURENCIA. Para gozarla.

MENGO. Eso creo.
 Pues ese gusto que intenta,

LAURENCIA. ¿no es para él mismo?
 Es así.
 MENG0. Luego, ¿por quererse a sí
 busca el bien que le contenta?
 LAURENCIA. Es verdad.
 MENG0. Pues de ese modo
 no hay amor, sino el que digo,
 que por mi gusto le sigo,
 y quiero dármelo en todo.
 BARRILDO. Dijo el cura del lugar
 cierto día en el sermón
 que había cierto Platón
 que nos enseñaba a amar;
 que éste amaba el alma sola
 y la virtud de lo amado.
 PASCUALA. En materia habéis entrado
 que, por ventura, acrisola
 los caletres de los sabios
 en sus cademias y escuelas.
 LAURENCIA. Muy bien dice, y no te muelas,
 en persuadir sus agravios.
 Da gracias, Mengo, a los cielos,
 que te hicieron sin amor.
 MENG0. ¿Amas tú?
 LAURENCIA. Mi propio honor.
 FRONDOSO. Dios te castigue con celos.
 BARRILDO. ¿Quién gana?
 PASCUALA. Con la quistión
 podéis ir al sacristán,
 porque él o el cura os darán
 bastante satisfacción.
 Laurencia no quiere bien,
 yo tengo poca experiencia.
 ¿Cómo daremos sentencia?
 FRONDOSO. ¿Qué mayor que ese desdén?
Sale FLORES
 FLORES. Dios guarde a la buena gente.
 PASCUALA. Éste es del Comendador
 criado.
 LAURENCIA. ¡Gentil azor!
 ¿De adónde bueno, pariente?
 FLORES. ¿No me veis a lo soldado?
 LAURENCIA. ¿Viene don Fernando acá?

FLORES. La guerra se acaba ya,
puesto que nos ha costado
alguna sangre y amigos.

FRONDOSO. Contadnos cómo pasó.

FLORES. ¿Quién lo dirá como yo,
siendo mis ojos testigos?
Para emprender la jornada
de esta ciudad, que ya tiene
nombre de Ciudad Real,
juntó el gallardo Maestre
dos mil lucidos infantes
de sus vasallos valientes
y trecientos de a caballo
de seglares y de freiles;
porque la cruz roja obliga
cuantos al pecho la tienen,
aunque sean de orden sacro;
mas contra moros, se entiende.
Salió el muchacho bizarro
con una casaca verde,
bordada de cifras de oro,
que sólo los brazaletes
por las mangas descubrían,
que seis alamares prenden.
Un corpulento bridón,
rucio rodado, que al Betis
bebió el agua, y en su orilla
despuntó la grama fértil;
el codón labrado en cintas
de ante, y el rizo copete
cogido en blancas lazadas,
que con las moscas de nieve
que bañan la blanca piel
iguales labores teje.
A su lado Fernán Gómez,
vuestro señor, en un fuerte
melado, de negros cabos,
puesto que con blanco bebe.
Sobre turca jacerina,
peto y espaldar luciente,
con naranjada casaca
que de oro y perlas guarnece.
El morrión, que coronado

con blancas plumas, parece
que del color naranjado
aquellos azares vierte;
ceñida al brazo una liga
roja y blanca, con que mueve
un fresno entero por lanza,
que hasta en Granada le temen.
La ciudad se puso en arma;
dicen que salir no quieren
de la corona real,
y el patrimonio defienden.
Entróla bien resistida,
y el Maestre a los rebeldes
y a los que entonces trataron
su honor injuriosamente,
mandó cortar las cabezas,
y a los de la baja plebe,
con mordazas en la boca,
azotar públicamente.
Queda en ella tan temido
y tan amado, que creen
que quien en tan pocos años
pelea, castiga y vence,
ha de ser en otra edad
rayo del África fértil,
que tantas lunas azules
a su roja cruz sujete.
Al Comendador y a todos
ha hecho tantas mercedes,
que el saco de la ciudad
el de su hacienda parece.
Mas ya la música suena:
recíbilde alegremente,
que al triunfo, las voluntades,
son los mejores laureles.

*Salen el COMENDADOR y ORTUÑO; MÚSICOS; JUAN ROJO, ESTEBAN y ALONSO,
alcaldes
(Cantan)*

*Sea bien venido
el Comendadore
de rendir las tierras
y matar los hombres.*

*¡Vivan los Guzmanes!
¡Vivan los Girones!
Si en las paces blando,
dulce en las razones.
Venciendo moricos
fuerte como un roble,
de Ciudad-Reale
viene vencedore;
que a Fuenteovejuna
trae los sus pendones.
¡Viva muchos años,
viva Fernán Gómez!*

- COMEND. Villa, yo os agradezco justamente
el amor que me habéis aquí mostrado.
- ALONSO. Aun no muestra una parte del que siente.
Pero ¿qué mucho que seáis amado,
mereciéndolo vos?
- ESTEBAN. Fuenteovejuna
y el regimiento que hoy habéis honrado,
que recibáis os ruega y importuna
un pequeño presente, que esos carros
traen, señor, no sin vergüenza alguna,
de voluntades y árboles bizarros
más que de ricos dones. Lo primero
traen dos cestas de polidos barros;
de gansos viene un ganadillo entero,
que sacan por las redes las cabezas
para cantar vuestro valor guerrero.
Diez cebones en sal, valientes piezas,
sin otras menudencias y cecinas;
y, más que guantes de ámbar, sus cortezas.
Cien pares de capones y gallinas,
que han dejado viudos a sus gallos
en las aldeas que miráis vecinas.
Acá no tienen armas ni caballos
no jaeces bordados de oro puro,
si no es oro el amor de los vasallos.
Y porque digo puro, os aseguro
que vienen doce cueros, que aun en cueros
por enero podéis guardar un muro,
si de ellos aforráis vuestros guerreros,
mejor que de las armas aceradas;
que el vino suele dar lindos aceros.

De quesos y otras cosas no excusadas
no quiero daros cuenta: justo pecho
de voluntades que tenéis ganadas;
y a vos y a vuestra casa, buen provecho.

COMEND. Estoy muy agradecido.
Id, regimiento, en buena hora.

ALONSO. Descansad, señor, agora,
y seáis muy bien venido;
que esta espadaña que veis
y juncia a vuestros umbrales,
fueran perlas orientales,
y mucho más merecéis,
a ser posible a la villa.

COMEND. Así lo creo señores.
Id con Dios.

ESTEBAN. Ea, cantores,
vaya otra vez la letrilla

(Cantan)

*Sea bien venido
el Comendadore
de rendir las tierras
y matar los hombres.*

Vanse

COMEND. Esperad vosotras dos.

LAURENCIA. ¿Qué manda su señoría?

COMEND. ¡Desdenes el otro día,
pues, conmigo! ¡Bien, por Dios!

LAURENCIA. ¿Habla contigo, Pascuala?

PASCUALA. Conmigo no, ¡tirte ahuera!

COMEND. Con vos hablo, hermosa fiera,
y con esotra zagala.

¿Mías no sois?

PASCUALA. Sí, señor;
mas no para casos tales.

COMEND. Entrad, pasad los umbrales;
hombres hay, no hayáis temor.

LAURENCIA. Si los alcaldes entraran
(que de uno soy hija yo),
bien fuera entrar, mas si no...

COMEND. Flores...

FLORES. Señor...

COMEND. ¿Qué reparan
en no hacer lo que les digo?

FLORES. Entrá, pues.
LAURENCIA. No nos agarre.
FLORES. Entrad; que sois necias.
PASCUALA. Harre,
que echaréis luego el postigo.
FLORES. Entrad, que os quiere enseñar
lo que trae de la guerra.
COMEND. (*Aparte a ORTUÑO.*)
Si entraren, Ortuño, cierra.
LAURENCIA. Flores, dejadnos pasar.
ORTUÑO. ¿También venís presentadas
con lo demás?
PASCUALA. ¡Bien a fe!
Desvíese, no le dé...
FLORES. Basta; que son extremadas.
LAURENCIA. ¿No basta a vuesto señor
tanta carne presentada?
ORTUÑO. La vuestra es la que le agrada.
LAURENCIA. Reviente de mal dolor.

Vanse

FLORES. ¡Muy buen recado llevamos!
No se ha de poder sufrir
lo que nos ha de decir
cuando sin ellas nos vamos.
ORTUÑO. Quien sirve se obliga a esto.
Si en algo desea medrar,
o con paciencia ha de estar,
o ha de despedirse presto.

Vanse los dos, y salen el REY DON FERNANDO, la REINA DOÑA ISABEL, MANRIQUE y acompañamiento

ISABEL. Digo, señor, que conviene
el no haber descuido en esto,
por ver a Alfonso en tal puesto,
y su ejército previene.
Y es bien ganar por la mano
antes que el daño veamos;
que si no lo remediamos,
el ser muy cierto está llano.
REY. De Navarra y de Aragón
está el socorro seguro,
y de Castilla procuro
hacer la reformación
de modo, que el buen suceso

con la prevención se vea.
ISABEL. Pues vuestra Majestad crea
que el buen fin consiste en eso.
MANRIQUE. Aguardando tu licencia
dos regidores están
de Ciudad Real: ¿entrarán?
REY. No les nieguen mi presencia.
Salen dos REGIDORES de Ciudad Real
REGIDOR 1º. Católico rey Fernando,
a quien ha enviado el cielo,
desde Aragón a Castilla,
para bien y amparo nuestro:
en nombre de Ciudad Real
a vuestro valor supremo
humildes nos presentamos,
real amparo pidiendo.
A mucha dicha tuvimos
tener títulos de vuestros;
pero pudo derribarnos
deste honor el hado adverso.
El famoso don Rodrigo
Téllez Girón, cuyo esfuerzo
es en valor extremado,
aunque es en la edad tan tierno,
Maestre de Calatrava,
él, ensanchar pretendiendo
el honor de la encomienda,
nos puso apretado cerco.
Con valor nos prevenimos
a su fuerza resistiendo,
tanto, que arroyos corrían
de la sangre de los muertos.
Tomó posesión, en fin,
pero no llegara a hacerlo,
a no le dar Fernán Gómez
orden, ayuda y consejo.
Él queda en la posesión,
y sus vasallos seremos,
suyos, a nuestro pesar,
a no remediarlo presto.
REY. ¿Dónde queda Fernán Gómez?
REGIDOR 1º. En Fuenteovejuna creo,

por ser su villa, y tener
en ella casa y asiento.

Allí, con más libertad
de la que decir podemos,
tiene a los súbditos suyos
de todo contento ajenos.

REY. ¿Tenéis algún capitán?

REGIDOR 2º. Señor, el no haberle es cierto,
pues no escapó ningún noble
de preso, herido o de muerto.

ISABEL. Ese caso no requiere
ser despacio remediado;
que es dar al contrario osado
el mismo valor que adquiere;
y puede el de Portugal,
hallando puerta segura,
entrar por Extremadura
y causarnos mucho mal.

REY. Don Manrique, partid luego,
llevando dos compañías;
remediad sus demasías,
sin darles ningún sosiego.
El conde de Cabra ir puede
con vos; que es Córdoba osado,
a quien nombre de soldado
todo el mundo le concede;
que éste es el medio mejor
que la ocasión nos ofrece.

MANRIQUE. El acuerdo me parece
como de tan gran valor.
Pondré límite a su exceso,
si el vivir en mí no cesa.

ISABEL. Partiendo vos a la empresa,
seguro está el buen suceso.

Vanse todos, y salen LAURENCIA y FRONDOSO

LAURENCIA. A medio torcer los paños,
quise, atrevido Frondoso,
para no dar que decir,
desviarme del arroyo;
decir a tus demasías
que murmura el pueblo todo,
que me miras y te miro,
y todos nos traen sobre ojo.

Y como tú eres zagal,
de los que huellan, brioso,
y excediendo a los demás,
vistes bizarro y costoso,
en todo el lugar no hay moza,
o mozo en el prado o soto,
que no se afirme diciendo
que ya para en uno somos;
y esperan todos el día
que el sacristán Juan Chamorro
nos eche de la tribuna,
en dejando los piporros.
Y mejor sus trojes vean
de rubio trigo en agosto
atestadas y colmadas,
y sus tinajas de mosto,
que tal imaginación
me ha llegado a dar enojo:
ni me desvela ni aflige,
ni en ella el cuidado pongo.

FRONDOSO. Tal me tienen tus desdenes,
bella Laurencia, que tomo,
en el peligro de verte,
la vida, cuando te oigo.
Si sabes que es mi intención
el desear ser tu esposo,
mal premio das a mi fe.

LAURENCIA. Es que yo no sé dar otro.

FRONDOSO. ¿Posible es que no te duelas
de verme tan cuidadoso
y que imaginando en ti,
ni bebo, duermo ni como?

¿Posible es tanto rigor
en ese angélico rostro?

¡Viven los cielos que rabio!

LAURENCIA. Pues salúdate, Frondoso.

FRONDOSO. Ya te pido yo salud,
y que ambos, como palomos,
estemos, juntos los picos,
con arrullos sonorosos,
después de darnos la Iglesia...

LAURENCIA. Dilo a mi tío Juan Rojo;
que aunque no te quiero bien,

ya tengo algunos asomos.

FRONDOSO. ¡Ay de mí! El señor es éste.

LAURENCIA. Tirando viene a algún corzo.
Escóndete en esas ramas.

FRONDOSO. ¡Y con qué celos me escondo!

Sale el COMENDADOR

COMEND. No es malo venir siguiendo
un corcillo temeroso,
y topar tan bella gama.

LAURENCIA. Aquí descansaba un poco
de haber lavado unos paños;
y así, al arroyo me torno,
si manda su señoría.

COMEND. Aquesos desdenes toscos
afrentan, bella Laurencia,
las gracias que el poderoso
cielo te dio, de tal suerte,
que vienes a ser un monstruo.
Mas si otras veces pudiste
huir mi ruego amoroso,
agora no quiere el campo,
amigo secreto y solo;
que tú sola no has de ser
tan soberbia que tu rostro
huyas al señor que tienes,
teniéndome a mí en tan poco.
¿No se rindió Sebastiana,
mujer de Pedro Redondo,
con ser casadas entrambas,
y la de Martín del Pozo,
habiendo apenas pasado
dos días del desposorio?

LAURENCIA. Ésas, señor, ya tenían,
de haber andado con otros,
el camino de agradaros,
porque también muchos mozos
merecieron sus favores.
Id con Dios, tras vuesto corzo;
que a no veros con la cruz,
os tuviera por demonio,
pues tanto me perseguís.

COMEND. ¡Qué estilo tan enfadoso!
Pongo la ballesta en tierra,

.....
y a la práctica de manos
reduzgo melindres.

LAURENCIA. ¡Cómo!
¿Eso hacéis? ¿Estáis en vos?

Sale FRONDOSO y toma la ballesta

COMEND. No te defiendas.

FRONDOSO. (*Aparte.*) Si tomo
la ballesta, ¡vive el cielo
que no la ponga en el hombro!

COMEND. Acaba, ríndete.

LAURENCIA. ¡Cielos,
ayudadme agora!

COMEND. Solos
estamos; no tengas miedo.

FRONDOSO. Comendador generoso,
dejad la moza, o creed
que de mi agravio y enojo
será blanco vuestro pecho,
aunque la cruz me da asombro.

COMEND. ¡Perro, villano!...

FRONDOSO. No hay perro.
Huye, Laurencia.

LAURENCIA. ¡Fronadoso,
mira lo que haces.

FRONDOSO. Vete.

Vase

COMEND. ¡Oh; mal haya el hombre loco,
que se descíñe la espada!
que, de no espantar medroso
la caza, me la quité.

FRONDOSO. Pues, pardiéz, señor, si toco
la nuez, que os he de apiolar.

COMEND. Ya es ida. Infame, alevoso,
suelta la ballesta luego.
Suéltala, villano.

FRONDOSO. ¿Cómo?
Que me quitaréis la vida.
Y advertid que amor es sordo,
y que no escucha palabras
el día que está en su trono.

COMEND. Pues ¿la espalda ha de volver

un hombre tan valeroso
a un villano? Tira, infame,
tira y guárdate; que rompo
las leyes de caballero.

FRONDOSO. Eso no. Yo me conformo
con mi estado, y pues me es
guardar la vida forzoso,
con la ballesta me voy.

COMEND. ¡Peligro extraño y notorio!
Mas yo tomaré venganza
del agravio y del estorbo.
¡Que no cerrara con él!
¡Vive el cielo, que me corro!

Acto segundo

Salen ESTEBAN *y el* REGIDOR [CUADRADO]

ESTEBAN. Así tenga salud, como parece,
que no se saque más agora el pósito.
El año apunta mal, y el tiempo crece,
y es mejor que el sustento esté en depósito,
aunque lo contradicen más de trece.

REGIDOR. Yo siempre he sido, al fin, de este propósito,
en gobernar en paz esta república.

ESTEBAN. Hagamos de ello a Fernán Gómez súplica.
No se puede sufrir que estos astrólogos
en las cosas futuras, y ignorantes
nos quieran persuadir con largos prólogos
los secretos a Dios sólo importantes.

¡Bueno es que, presumiendo de teólogos,
hagan un tiempo el que después y antes!

Y pidiendo el presente lo importante,
al más sabio veréis más ignorante.

¿Tienen ellos las nubes en su casa
y el proceder de las celestes lumbres?

¿Por dónde ven lo que en el cielo pasa,
para darnos con ello pesadumbres?

Ellos en el sembrar nos ponen tasa:
daca el trigo, cebada y las legumbres,
calabazas, pepinos y mostazas...

Ellos son, a la fe, las calabazas.

Luego cuentan que muere una cabeza,
y después viene a ser en Transilvania;

que el vino será poco, y la cerveza
sobrará por las partes de Alemania;

que se helará en Gascuña la cereza,
y que habrá muchos tigres en Hircania.

Y al cabo, que se siembre o no se siembre
el año se remata por diciembre.

Salen el licenciado LEONELO *y* BARRILDO

LEONELO. A fe que no ganéis la palmatoria,
porque ya está ocupado el mentidero.

BARRILDO. ¿Cómo os fue en Salamanca?

LEONELO. Es larga historia.

BARRILDO. Un Bártulo seréis.

LEONELO. Ni aun un barbero.
Es, como digo, cosa muy notoria,
en esta facultad lo que os refiero.

BARRILDO. Sin duda que venís buen estudiante.

LEONELO. Saber he procurado lo importante

BARRILDO. Después que vemos tanto libro impreso,
no hay nadie que de sabio no presuma.

LEONELO. Antes que ignoran más siento por eso
por no se reducir a breve suma;
porque la confusión, con el exceso,
los intentos resuelve en vana espuma;
y aquél que de leer tiene más uso,
de ver letreros sólo está confuso.
No niego yo que de imprimir el arte
mil ingenios sacó de entre la jerga,
y que parece que en sagrada parte
sus obras guarda y contra el tiempo alberga;
éste las distribuye y las reparte.
Débese esta invención a Gutemberga,
un famoso tudesco de Maguncia,
en quien la fama su valor renuncia.
Mas muchos que opinión tuvieron grave,
por imprimir sus obras la perdieron;
tras esto, con el nombre del que sabe,
muchos sus ignorancias imprimieron.
Otros, en quien la baja envidia cabe,
sus locos desatinos escribieron,
y con nombre de aquél que aborrecían,
impresos por el mundo los envían.

BARRILDO. No soy de esa opinión.

LEONELO. El ignorante
es justo que se vengue del letrado.

BARRILDO. Leoneo, la impresión es importante.

LEONELO. Sin ella muchos siglos se han pasado,
y no vemos que en éste se levante
.....
un Jerónimo santo, un Agustino.

BARRILDO. Dejadlo y asentaos, que estáis mohíno.

Salen JUAN ROJO y otro Labrador

JUAN ROJO. No hay en cuatro haciendas para un dote,
si es que las vistas han de ser al uso;

que el hombre que es curioso es bien que note
que en esto el barrio y vulgo anda confuso.

LABRADOR. ¿Qué hay del Comendador? No os alborote.

JUAN ROJO. ¡Cuál a Laurencia en ese campo puso!

LABRADOR. ¿Quién fue cual él tan bárbaro y lascivo?

Colgado le vea yo de aquel olivo.

Salen el COMENDADOR, ORTUÑO *y* FLORES

COMEND. Dios guarde la buena gente.

REGIDOR. ¡Oh, señor!

COMEND. Por vida mía,
que se estén.

ALONSO. Vusiñoría,
adonde suele se siente,
que en pie estaremos muy bien.

COMEND. Digo que se han de sentar.

ESTEBAN. De los buenos es honrar,
que no es posible que den
honra los que no la tienen.

COMEND. Siéntense; hablaremos algo.

ESTEBAN. ¿Vio vusiñoría el galgo?

COMEND. Alcalde, espantados vienen
esos criados de ver
tan notable ligereza.

ESTEBAN. Es una extremada pieza.
Pardiez, que puede correr
al lado de un delincuente
o de un cobarde en quistión.

COMEND. Quisiera en esta ocasión
que le hiciérades pariente
a una liebre que por pies
por momentos se me va.

ESTEBAN. Sí haré, par Dios. ¿Dónde está?

COMEND. Allá vuestra hija es.

ESTEBAN. ¡Mi hija!

COMEND. Sí.

ESTEBAN. Pues, ¿es buena
para alcanzada de vos?

COMEND. Reñilda, alcalde, por Dios.

ESTEBAN. ¿Cómo?

COMEND. Ha dado en darme pena.
Mujer hay, y principal,
de alguno que está en la plaza,
que dio, a la primera traza,

traza de verme.

ESTEBAN. Hizo mal;
y vos, señor, no andáis bien
en hablar tan libremente.

COMEND. ¡Oh, qué villano elocuente!
¡Ah, Flores!, haz que le den
la *Política*, en que lea
de Aristóteles.

ESTEBAN. Señor,
debajo de vuestro honor
vivir el pueblo desea.
Mirad que en Fuenteovejuna
hay gente muy principal.

LEONELO. ¿Viose desvergüenza igual?

COMEND. Pues ¿he dicho cosa alguna
de que os pese, regidor?

CUADRADO. Lo que decís es injusto;
no lo digáis, que no es justo
que nos quitéis el honor.

COMEND. ¿Vosotros honor tenéis?
¡Qué freiles de Calatrava!

CUADRADO. Alguno acaso se alaba
de la cruz que le ponéis,
que no es de sangre tan limpia.

COMEND. ¿Y ensúciola yo juntando
la mía a la vuestra?

CUADRADO. Cuando
que el mal más tiñe que alimpia.

COMEND. De cualquier suerte que sea,
vuestras mujeres se honran.

ALONSO. Esas palabras deshonoran;
las otras, no hay quien las crea.

COMEND. ¿Qué cansado villanaje!
¡Ah! Bien hayan las ciudades;
que a hombres de calidades
no hay quien sus gustos ataje;
allá se precian casados
que visiten sus mujeres.

ESTEBAN. No harán; que con esto quieres
que vivamos descuidados.
En las ciudades hay Dios,
y más presto quien castiga.

COMEND. Levantaos de aquí.

ALONSO. ¿Que diga
lo que escucháis por los dos?

COMEND. Salid de la plaza luego;
no quede ninguno aquí.

ESTEBAN. Ya nos vamos.

COMEND. Pues no ansí.

FLORES. Que te reportes te ruego.

COMEND. Querrían hacer corrillo
los villanos en mi ausencia.

ORTUÑO. Ten un poco de paciencia.

COMEND. De tanta me maravillo.
Cada uno de por sí
se vayan hasta sus casas.

LEONELO. ¡Cielo! ¿Que por esto pasas?

ESTEBAN. Ya yo me voy por aquí.

Vanse

COMEND. ¿Qué os parece de esta gente?

ORTUÑO. No sabes disimular
que no quieres escuchar
el disgusto que se siente.

COMEND. Éstos ¿se igualan conmigo?

FLORES. Que no es aqueso igualarse.

COMEND. Y el villano ¿ha de quedarse
con ballesta y sin castigo?

FLORES. Anoche pensé que estaba
a la puerta de Laurencia,
y a otro, que su presencia
y su capilla imitaba,
de oreja a oreja le di
un beneficio famoso.

COMEND. ¿Dónde estará aquel Frondoso?

FLORES. Dicen que anda por ahí.

COMEND. ¡Por ahí se atreve a andar
hombre que matarme quiso!

FLORES. Como el ave sin aviso,
o como el pez, viene a dar
al reclamo o al anzuelo.

COMEND. ¡Que a un capitán cuya espada
tiemblan Córdoba y Granada,
un labrador, un mozuolo
ponga una ballesta al pecho!
El mundo se acaba, Flores.

FLORES. Como eso pueden amores.
ORTUÑO. Y pues que vive, sospecho
que grande amistad le debes.

COMEND. Yo he disimulado, Ortuño;
que si no, de punta a puño,
antes de dos horas breves,
pasara todo el lugar;
que hasta que llegue ocasión
al freno de la razón
hago la venganza estar.-
¿Qué hay de Pascuala?

FLORES. Responde
que anda agora por casarse.

COMEND. ¿Hasta allá quiere fiarse?

FLORES. En fin, te remite donde
te pagarán de contado.

COMEND. ¿Qué hay de Olalla?

ORTUÑO. Una graciosa
respuesta.

COMEND. Es moza briosa.
¿Cómo?

ORTUÑO. Que su desposado
anda tras ella estos días
celoso de mis recados,
y de que con tus criados
a visitalla venías;
pero que si se descuida,
entrarás como primero.

COMEND. ¡Bueno, a fe de caballero!
Pero el villanejo cuida...

ORTUÑO. Cuida, y anda por los aires.

COMEND. ¿Qué hay de Inés?

FLORES. ¿Cuál?

COMEND. La de Antón.

FLORES. Para cualquier ocasión
te ha ofrecido sus donaires.
Hablela por el corral,
por donde has de entrar si quieres.

COMEND. A las fáciles mujeres
quiero bien y pago mal.
Si éstas supiesen, ¡oh Flores!,
estimarse en lo que valen...

FLORES. No hay disgustos que se igualen

a contrastar sus favores.
Rendirse presto desdice
de la esperanza del bien;
mas hay mujeres también,
y el filósofo lo dice,
que apetecen a los hombres
como la forma desea
la materia; y que esto sea
así, no hay de que te asombres.
Un hombre de amores loco
huélgase que a su accidente
se le rindan fácilmente,
mas después las tiene en poco,
y el camino de olvidar
al hombre más obligado
es haber poco costado
lo que pudo desear.

COMEND.

Sale CIMBRANOS

CIMBRANOS. ¿Está aquí el Comendador?

ORTUÑO. ¿No le ves en tu presencia?

CIMBRANOS. ¡Oh, gallardo Fernán Gómez!
Trueca la verde montera
en el blanco morrión
y el gabán en armas nuevas,
que el Maestre de Santiago
y el conde de Cabra cercan
a don Rodrigo Girón,
por la castellana reina,
en Ciudad Real; de suerte
que no es mucho que se pierda
lo que en Calatrava sabes
que tanta sangre le cuesta.
Yá divisan con las luces,
desde las altas almenas,
los castillos y leones
y barras aragonesas.
Y aunque el rey de Portugal
honrar a Girón quisiera,
no hará poco en que el Maestre
a Almagro con vida vuelva.
Ponte a caballo, señor;
que sólo con que te vean,
se volverán a Castilla.

COMEND. No prosigas; tente, espera.-
Haz, Ortuño, que en la plaza
toquen luego una trompeta.
¿Qué soldados tengo aquí?

ORTUÑO. Pienso que tienes cincuenta.

COMEND. Pónganse a caballo todos.

CIMBRANOS. Si no caminas apriesa,
Ciudad Real es del rey.

COMEND. No hayas miedo que lo sea.
Vanse, y salen MENGO, LAURENCIA y PASCUALA huyendo

PASCUALA. No te apartes de nosotras.

MENGO. Pues ¿a qué tenéis temor?

LAURENCIA. Mengo, a la villa es mejor
que vamos unas con otras
pues no hay hombre ninguno,
por que no demos con él.

MENGO. ¡Que este demonio cruel
no sea tan importuno!

LAURENCIA. No nos deja a sol ni a sombra.

MENGO. ¡Oh! rayo del cielo baje,
que sus locuras ataje.

LAURENCIA. Sangrienta fiera le nombra;
arsénico y pestilencia
del lugar.

MENGO. Hanme contado
que Frondoso, aquí en el prado,
para librarte, Laurencia,
le puso al pecho una jara.

LAURENCIA. Los hombres aborrecía,
Mengo; mas desde aquel día
los miro con otra cara.
¡Gran valor tuvo Frondoso!
Pienso que le ha de costar
la vida.

MENGO. Que del lugar
se vaya, será forzoso.

LAURENCIA. Aunque ya le quiero bien,
eso mismo le aconsejo;
mas recibe mi consejo
con ira, rabia y desdén;
y jura el Comendador
que le ha de colgar de un pie.

PASCUALA. ¡Mal garrotillo le dé!

MENGO. Mala pedrada es mejor.
¡Voto al sol, si le tirara
con la que llevo al apero,
que al sonar el crujidero,
al casco se la encajara!
No fue Sábalo, el romano,
tan vicioso por jamás.

LAURENCIA. Heliogábalo dirás,
más que una fiera inhumano.

MENGO. Pero Galván, o quién fue,
que yo no entiendo de historia;
mas su cativa memoria
vencida de éste se ve.
¿Hay hombre en naturaleza
como Fernán Gómez?

PASCUALA. No;
que parece que le dio
de una tigre la aspereza.

Sale JACINTA

JACINTA. Dadme socorro, por Dios,
si la amistad os obliga.

LAURENCIA. ¿Qué es esto, Jacinta amiga?

PASCUALA. Tuyas lo somos las dos.

JACINTA. Del Comendador criados,
que van a Ciudad Real,
más de infamia natural
que de noble acero armados,
me quieren llevar a él.

LAURENCIA. Pues Jacinta, Dios te libre;
que cuando contigo es libre,
connigo será cruel.

Vase

PASCUALA. Jacinta, yo no soy hombre
que te puedo defender.

Vase

MENGO. Yo sí lo tengo de ser,
porque tengo el ser y el nombre.
Llégate, Jacinta, a mí.

JACINTA. ¿Tienes armas?

MENGO. Las primeras
del mundo.

JACINTA. ¡Oh, si las tuvieras!

MENGO. Piedras hay, Jacinta, aquí.
Salen FLORES y ORTUÑO
FLORES. ¿Por los pies pensabas irte?
JACINTA. Mengo, ¡muerta soy!
MENGO. Señores...
¡A estos pobres labradores!...
ORTUÑO. Pues ¿tú quieres persuadirte
a defender la mujer?
MENGO. Con los ruegos la defiendo;
que soy su deudo y pretendo
guardalla, si puede ser.
FLORES. Quitalde luego la vida.
MENGO. ¡Voto al sol, si me emberrincho,
y el cáñamo me descincho,
que la llevéis bien vendida!
Salen el COMENDADOR y CIMBRANOS
COMEND. ¿Qué es eso? ¡A cosas tan viles
me habéis de hacer appear!
FLORES. Gente de este vil lugar
(que ya es razón que aniquiles,
pues en nada te da gusto)
a nuestras armas se atreve.
MENGO. Señor, si piedad os mueve
de soceso tan injusto,
castigad estos soldados,
que con vuestro nombre agora
roban una labradora
a esposo y padres honrados;
y dadme licencia a mí
que se la pueda llevar.
COMEND. Licencia les quiero dar...
para vengarse de ti.
Suelta la honda.
MENGO. ¡Señor!...
COMEND. Flores, Ortuño, Cimbranos,
con ella le atad las manos.
MENGO. ¿Así volvéis por su honor?
COMEND. ¿Qué piensan Fuenteovejuna
y sus villanos de mí?
MENGO. Señor, ¿en qué os ofendí,
ni el pueblo en cosa ninguna?
FLORES. ¿Ha de morir?
COMEND. No ensuciéis

las armas; que habéis de honrar
en otro mejor lugar.

ORTUÑO. ¿Qué mandas?

COMEND. Que lo azotéis.

Llevalde, y en ese roble
le atad y le desnudad,
y con las riendas...

MENGO. ¡Piedad!

¡Piedad, pues sois hombre noble!

COMEND. Azotalde hasta que salten
los hierros de las correas.

MENGO. ¡Cielos! ¿A hazañas tan feas
queréis que castigos falten?

Vanse

COMEND. Tú, villana, ¿por qué huyes?

¿Es mejor un labrador
que un hombre de mi valor?

JACINTA. ¡Harto bien me restituyes
el honor que me han quitado
en llevarme para ti!

COMEND. ¿En quererte llevar?

JACINTA. Sí,
porque tengo un padre honrado,
que si en alto nacimiento
no te iguala, en las costumbres
te vence.

COMEND. Las pesadumbres
y el villano atrevimiento
no tiemplan bien un airado.

Tira por ahí.

JACINTA. ¿Con quién?

COMEND. Conmigo.

JACINTA. Míralo bien.

COMEND. Para tu mal lo he mirado.
Ya no mía, del bagaje
del ejército has de ser.

JACINTA. No tiene el mundo poder
para hacerme, viva, ultraje.

COMEND. Ea, villana, camina

JACINTA. ¡Piedad, señor!

COMEND. No hay piedad.

JACINTA. Apelo de tu crueldad
a la justicia divina.

Llévanla y vanse, y salen LAURENCIA y FRONDOSO

LAURENCIA. ¿Cómo así a venir te atreves,
sin temer tu daño?

FRONDOSO. Ha sido
dar testimonio cumplido
de la afición que me debes.
Desde aquel recuesto vi
salir al Comendador,
y fiado en tu valor,
todo mi temor perdí.
Vaya donde no le vean
volver.

LAURENCIA. Tente en maldecir,
porque suele más vivir
al que la muerte desean.

FRONDOSO. Si es eso, viva mil años,
y así se hará todo bien,
pues deseándole bien
estarán ciertos sus daños.
Laurencia, deseo saber
si vive en ti mi cuidado,
y si mi lealtad ha hallado
el puerto de merecer.
Mira que toda la villa
ya para en uno nos tiene;
y de cómo a ser no viene,
la villa se maravilla.

Los desdeñosos extremos
deja, y responde no o sí.

LAURENCIA. Pues a la villa y a ti
respondo que lo seremos.

FRONDOSO. Deja que tus plantas bese
por la merced recibida,
pues el cobrar nueva vida
por ella es bien que confiese.

LAURENCIA. De cumplimientos acorta;
y para que mejor cuadre,
habla, Frondoso, a mi padre,
pues es lo que más importa,
que allí viene con mi tío;
y fia que ha de tener
ser, Frondoso, tu mujer,
buen suceso.

FRONDOSO. En Dios confío.

Escóndese, y salen [los alcaldes] ESTEBAN [Y ALONSO], y los regidores [CUADRADO y JUAN ROJO]

ALONSO. Fue su término de modo,
que la plaza alborotó:
en efeto, procedió
muy descomedido en todo.
No hay a quien admiración
sus demasías no den;
la pobre Jacinta es quien
pierde por su sinrazón.

JUAN ROJO. Ya a los Católicos Reyes,
que este nombre les dan ya,
presto España les dará
la obediencia de sus leyes.
Ya sobre Ciudad Real,
contra el Girón que la tiene,
Santiago a caballo viene
por capitán general.
Pésame; que era Jacinta
doncella de buena pro.

ALONSO. ¿Luego a Mengo le azotó?

JUAN ROJO. No hay negra bayeta o tinta
como sus carnes están.

ESTEBAN. Callad; que me siento arder,
viendo su mal proceder,
y el mal nombre que le dan.
Yo ¿para qué traigo aquí
este palo sin provecho?

JUAN ROJO. Si sus criados lo han hecho,
¿de qué os afligís ansí?

ALONSO. ¿Queréis más? Que me contaron
que a la de Pedro Redondo
un día, que en lo más hondo
de este valle la encontraron,
después de sus insolencias,
a sus criados la dio.

JUAN ROJO. Aquí hay gente: ¿quién es?

FRONDOSO. Yo,
que espero vuestras licencias.

JUAN ROJO. Para mi casa, Frondoso,
licencia no es menester;

debes a tu padre el ser,
y a mí otro ser amoroso.
Hete criado, y te quiero
como a hijo.

FRONDOSO. Pues señor,
fiado en aquese amor,
de ti una merced espero.
Ya sabes de quién soy hijo.

ESTEBAN. ¿Hate agraviado ese loco
de Fernán Gómez?

FRONDOSO. No poco.

ESTEBAN. El corazón me lo dijo.

FRONDOSO. Pues señor, con el seguro
del amor que habéis mostrado,
de Laurencia enamorado,
el ser su esposo procuro.
Perdona si en el pedir
mi lengua se ha adelantado;
que he sido en decirlo osado
como otro lo ha de decir.

ESTEBAN. Vienes, Frondoso, a ocasión
que me alargará la vida
por la cosa más temida
que siente mi corazón.
Agradezco, hijo, al cielo,
que así vuelvas por mi honor,
y agrádzcole a tu amor
la limpieza de tu celo.
Mas como es justo, es razón
dar cuenta a tu padre de esto;
sólo digo que estoy presto,
en sabiendo su intención;
que yo dichoso me hallo
en que aqueso llegue a ser.

CUADRADO. De la moza el parecer
tomad, antes de acetallo.

ESTEBAN. No tengáis de eso cuidado,
que ya el caso está dispuesto:
antes de venir a esto,
entre ellos se ha concertado.
-En el dote, si advertís,
se puede agora tratar;
que por bien os pienso dar

algunos maravedís.
 FRONDOSO. Yo dote no he menester;
 de eso no hay que entristeceros.
 JUAN ROJO. Pues que no la pide en cueros
 lo podéis agradecer.
 ESTEBAN. Tomaré el parecer de ella;
 si os parece, será bien.
 FRONDOSO. Justo es; que no hace bien
 quien los gustos atropella.
 ESTEBAN. ¡Hija! ¡Laurencia!...
 LAURENCIA. Señor...
 ESTEBAN. Mirad si digo bien yo.
 ¡Ved qué presto respondió!-
 Hija Laurencia, mi amor,
 a preguntarle ha venido
 (apártate aquí) si es bien
 que a Gila, tu amiga, den
 a Frondoso por marido,
 que es un honrado zagal,
 si le hay en Fuenteovejuna...
 LAURENCIA. ¿Gila se casa?
 ESTEBAN. Y si alguna
 le merece y es su igual.
 LAURENCIA. Yo digo, señor, que sí.
 ESTEBAN. Sí; mas yo digo que es fea
 y que harto mejor se emplea
 Frondoso, Laurencia, en ti.
 LAURENCIA. ¿Aún no se te han olvidado
 los donaires con la edad?
 ESTEBAN. ¿Quiéresle tú?
 LAURENCIA. Voluntad
 le he tenido y le he cobrado;
 pero por lo que tú sabes...
 ESTEBAN. ¿Quieres tú que diga sí?
 LAURENCIA. Dilo tú, señor, por mí.
 ESTEBAN. ¿Yo? ¿Pues tengo yo las llaves?
 Hecho está.- Ven, buscaremos
 a mi compadre en la plaza.
 CUADRADO. Vamos.
 ESTEBAN. Hijo, y en la traza
 del dote, ¿qué le diremos?
 Que yo bien te puedo dar
 cuatro mil maravedís.

FRONDOSO. Señor, ¿eso me decís?
Mi honor queréis agraviar.

ESTEBAN. Anda, hijo, que eso es
cosa que pasa en un día;
que si no hay dote, a fe mía
que se echa menos después.

Vanse, y quedan FRONDOSO y LAURENCIA

LAURENCIA. Di, Frondoso, ¿estás contento?

FRONDOSO. ¡Cómo si lo estoy! ¡Es poco,
pues que no me vuelvo loco
de gozo, del bien que siento!
Risa vierte el corazón
por los ojos de alegría,
viéndote, Laurencia mía,
en tal dulce posesión.

Vanse, y salen el MAESTRE, *el* COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO

COMEND. Huye, señor, que no hay otro remedio.

MAESTRE. La flaqueza del muro lo ha causado,
y el poderoso ejército enemigo.

COMEND. Sangre les cuesta y infinitas vidas.

MAESTRE. Y no se alabarán que en sus despojos
pondrán nuestro pendón de Calatrava,
que a honrar su empresa y los demás bastaba.

COMEND. Tus desinios, Girón, quedan perdidos.

MAESTRE. ¿Qué puedo hacer, si la fortuna ciega
a quien hoy levantó mañana humilla?
(*Dentro.*)

MAESTRE. ¡Vitoria por los Reyes de Castilla!

MAESTRE. Ya coronan de luces las almenas,
y las ventanas de las torres altas
entoldan con pendones vitoriosos.

COMEND. Bien pudieran, de sangre que les cuesta.
A fe que es más tragedia que no fiesta.

MAESTRE. Yo vuelvo a Calatrava, Fernán Gómez.

COMEND. Y yo a Fuenteovejuna, mientras tratas
o seguir esta parte de tus deudos,
o reducir la tuya al Rey Católico.

MAESTRE. Yo te diré por cartas lo que intento.

COMEND. El tiempo ha de enseñarte.

MAESTRE. ¡Ah, pocos años,
sujetos al rigor de sus engaños!

(*Vanse*)

Sale la boda, MÚSICOS, MENGÓ, FRONDOSO, LAURENCIA, PASCUALA, BARRILDO,

ESTEBAN, ALONSO [y JUAN ROJO]

MÚSICOS. *¡Vivan muchos años
los desposados!*

¡Vivan muchos años!

MENGO. A fe, que no os ha costado
mucho trabajo el cantar.

BARRILDO. ¿Supiéraslo tú trovar
mejor que él está trovado?

FRONDOSO. Mejor entiende de azotes
Mengo que de versos ya.

MENGO. Alguno en el valle está,
para que no te alborotes,
a quien el Comendador...

BARRILDO. No lo digas, por tu vida;
que este bárbaro homicida
a todos quita el honor.

MENGO. Que me azotasen a mí
cien soldados aquel día...
sola una honda tenía;
harto desdichado fui.
Pero que le hayan echado
una melecina a un hombre,
que, aunque no diré su nombre,
todos saben que es honrado,
llena de tinta y de chinas,
¿cómo se puede sufrir?

BARRILDO. Haríalo por reír.

MENGO. No hay risa con melecinas;
que aunque es cosa saludable...
yo me quiero morir luego.

FRONDOSO. Vaya la copla, te ruego,
si es la copla razonable.

MENGO. *Vivan muchos años juntos
los novios, ruego a los cielos,
y por envidia ni celos
ni riñan ni anden en puntos.
Lleven a entrambos difuntos,
de puro vivir cansados.
¡Vivan muchos años!*

FRONDOSO. ¡Maldiga el cielo el poeta
que tal coplón arrojó!

BARRILDO. Fue muy presto...

MENGO. Pienso yo
una cosa de esta seta.
¿No habéis visto un buñolero,
en el aceite abrasando
pedazos de masa echando
hasta llenarse el caldero?
¿Que unos le salen hinchados,
otros tuertos y mal hechos,
ya zurdos y ya derechos,
ya fritos y ya quemados?
Pues así imagino yo
un poeta componiendo,
la materia previniendo,
que es quien la masa le dio.
Vá arrojando verso aprisa
al caldero del papel.
confiado en que la miel
cubrirá la burla y risa.
Mas poniéndolo en el pecho,
apenas hay quien los tome;
tanto que sólo los come
el mismo que los ha hecho.

BARRILDO. Déjate ya de locuras;
deja los novios hablar.

LAURENCIA. Las manos nos da a besar.

JUAN ROJO. Hija, ¿mi mano procuras?
Pídela a tu padre luego
para ti y para Frondoso.

ESTEBAN. Rojo, a ella y a su esposo
que se la dé el cielo ruego,
con su larga bendición.

FRONDOSO. Los dos a los dos la echad.

JUAN ROJO. Ea, tañed y cantad,
pues que para en uno son.

MÚSICOS. *Al val de Fuenteovejuna
la niña en cabello baja;
el caballero la sigue
de la Cruz de Calatrava.
Entre las ramas se esconde,
de vergonzosa y turbada;
fingiendo que no le ha visto,
pone delante las ramas.
«¿Para qué te escondes,*

*niña gallarda?
Que mis linceos deseos
paredes pasan.»
Acercóse el caballero
y ella, confusa y turbada,
hacer quiso celosías
de las intrincadas ramas;
mas como quien tiene amor
los mares y las montañas
atraviesa fácilmente,
la dice tales palabras:
«¿Para qué te escondes,
niña gallarda?
que mis linceos deseos
paredes pasan.»*

Salen el COMENDADOR, FLORES, ORTUÑO y CIMBRANOS

- COMEND. Estése la boda queda,
y no se alborote nadie.
- JUAN ROJO. No es juego aqueste, señor,
y basta que tú lo mandes.
¿Quieres lugar? ¿Cómo vienes
con tu belicoso alarde?
¿Venciste? Mas ¿qué pregunto?
¡Muerto soy! ¡Cielo, libradme!
- FRONDOSO. ¡Muerto soy! ¡Cielo, libradme!
- LAURENCIA. Huye por aquí, Frondoso.
- COMEND. Eso no; prendelde, atalde.
- JUAN ROJO. Date, muchacho, a prisión.
- FRONDOSO. Pues ¿quieres tú que me maten?
- JUAN ROJO. ¿Por qué?
- COMEND. No soy hombre yo
que mato sin culpa a nadie;
que si lo fuera, le hubieran
pasado de parte a parte
esos soldados que traigo.
Llevarle mando a la cárcel,
donde la culpa que tiene
sentencie su mismo padre.
- PASCUALA. Señor, mirad que se casa.
- COMEND. ¿Qué me obliga a que se case?
¿No hay otra gente en el pueblo?
- PASCUALA. Si os ofendió, perdonadle,
por ser vos quien sois.
- COMEND. No es cosa,

Pascuala, en que yo soy parte.
Es esto contra el Maestre
Téllez Girón, que Dios guarde;
es contra toda su orden,
es su honor, y es importante
para el ejemplo el castigo;
que habrá otro día quien trate
de alzar el pendón contra él,
pues ya sabéis que una tarde
al Comendador mayor
(¡qué vasallos tan leales!)
puso una ballesta al pecho.

ESTEBAN. Supuesto que el disculparle
ya puede tocar a un suegro,
no es mucho que en causas tales
se descomponga con vos
un hombre, en efecto, amante;
porque si vos pretendéis
su propia mujer quitarle,
¿qué mucho que la defienda?

COMEND. Majadero sois, alcalde.

ESTEBAN. Por vuestra virtud, señor.

COMEND. Nunca yo quise quitarle
su mujer, pues no lo era.

ESTEBAN. Sí quisistes... -Y esto baste;
que Reyes hay en Castilla
que nuevas órdenes hacen
con que desórdenes quitan.
Y harán mal cuando descansen
de las guerras, en sufrir
en sus villas y lugares
a hombres tan poderosos
por traer cruces tan grandes;
póngasela el Rey al pecho,
que para pechos reales
es esa insignia y no más.

COMEND. ¡Hola! La vara quitálde.

ESTEBAN. Tomad, señor, norabuena.

COMEND. Pues con ella quiero dalle,
como a caballo brioso.

ESTEBAN. Por señor os sufro. Dadme.

PASCUALA. ¡A un viejo de palos das!

LAURENCIA. Si le das porque es mi padre,

COMEND. ¿qué vengas en él de mí?
Llevadla, y haced que guarden
su persona diez soldados.

Vanse él y los suyos

ESTEBAN. Justicia del cielo baje.

Vase

PASCUALA. Volvióse en luto la boda.

Vase

BARRILDO. ¿No hay aquí un hombre que hable?

MENGO. Yo ya tengo mis azotes,
que aun se ven los cardenales
sin que un hombre vaya a Roma.
Prueben otros a enojarle.

JUAN ROJO. Hablemos todos.

MENGO. Señores,
aquí todo el mundo calle.
Como ruedas de salmón
me puso los atabales.

Acto tercero

Salen ESTEBAN, ALONSO y BARRILDO

ESTEBAN. ¿No han venido a la junta?

BARRILDO. No han venido.

ESTEBAN. Pues más apriesa nuestro daño corre.

BARRILDO. Ya está lo más del pueblo prevenido.

ESTEBAN. Frondoso con prisiones en la torre,
y mi hija Laurencia en tanto aprieto,
si la piedad de Dios no los socorre...

Salen JUAN ROJO y el REGIDOR

JUAN ROJO. ¿De qué dais voces, cuando importa tanto
a nuestro bien, Esteban, el secreto?

ESTEBAN. Que doy tan pocas es mayor espanto.

Sale MENGO

MENGO. También vengo yo a hallarme en esta junta.

ESTEBAN. Un hombre cuyas canas baña el llanto,
labradores honrados, os pregunta
qué obsequias debe hacer toda esa gente
a su patria sin honra, ya perdida.
Y si se llaman honras justamente,
¿cómo se harán, si no hay entre nosotros
hombre a quien este bárbaro no afrente?
Respondedme: ¿hay alguno de vosotros
que no esté lastimado en honra y vida?
¿No os lamentáis los unos y los otros?
Pues si ya la tenéis todos perdida,
¿a qué aguardáis? ¿Qué desventura es ésta?

JUAN ROJO. La mayor que en el mundo fue sufrida.
Mas pues ya se publica y manifiesta
que en paz tienen los reyes a Castilla
y su venida a Córdoba se apresta,
vayan dos regidores a la villa,
y echándose a sus pies pidan remedio.

BARRILDO. En tanto que Fernando, aquél que humilla
a tantos enemigos, otro medio
será mejor, pues no podrá, ocupado,
hacernos bien, con tanta guerra en medio.

REGIDOR. Si mi voto de vos fuera escuchado,

desamparar la villa doy por voto.
 JUAN ROJO. ¿Cómo es posible en tiempo limitado?
 MENGÓ. A la fe, que si entiende el alboroto,
 que ha de costar la junta alguna vida.
 REGIDOR. Ya, todo el árbol de paciencia roto,
 corre la nave de temor perdida.
 La hija quitan con tan gran fiereza
 a un hombre honrado, de quien es regida
 la patria en que vivís, y en la cabeza
 la vara quiebran tan injustamente.
 ¿Qué esclavo se trató con más bajeza?
 JUAN ROJO. ¿Qué es lo que quieres tú que el pueblo intente?
 REGIDOR. Morir, o dar la muerte a los tiranos,
 pues somos muchos, y ellos poca gente.
 BARRILDO. ¡Contra el señor las armas en las manos!
 ESTEBAN. El rey sólo es señor después del cielo,
 y no bárbaros hombres inhumanos.
 Si Dios ayuda nuestro justo celo,
 ¿qué nos ha de costar?
 MENGÓ. Mirad, señores,
 que vais en estas cosas con recelo.
 Puesto que por los simples labradores
 estoy aquí, que más injurias pasan,
 más cuerdo represento sus temores.
 JUAN ROJO. Si nuestras desventuras se compasan,
 para perder las vidas, ¿qué aguardamos?
 Las casas y las viñas nos abrasan:
 tiranos son; a la venganza vamos.

Sale LAURENCIA, desmelenada

LAURENCIA. Dejadme entrar, que bien puedo
 en consejo de los hombres;
 que bien puede una mujer,
 si no a dar voto a dar voces.
 ¿Conocéisme?
 ESTEBAN. ¡Santo Cielo!
 ¿No es mi hija?
 JUAN ROJO. ¿No conoces
 a Laurencia?
 LAURENCIA. Vengo tal,
 que mi diferencia os pone
 en contingencia quién soy.
 ESTEBAN. ¡Hija mía!
 LAURENCIA. No me nombres

tu hija.

ESTEBAN. ¿Por qué, mis ojos?
¿Por qué?

LAURENCIA. Por muchas razones,
y sean las principales,
porque dejas que me roben
tiranos sin que me vengues,
traidores sin que me cobres.
Aún no era yo de Frondoso,
para que digas que tome,
como marido, venganza;
que aquí por tu cuenta, corre;
que en tanto que de las bodas
no haya llegado la noche,
del padre, y no del marido,
la obligación presupone;
que en tanto que no me entregan
una joya, aunque la compre,
no ha de correr por mi cuenta
las guardas ni los ladrones.
Llévome de vuestros ojos
a su casa Fernán Gómez:
la oveja al lobo dejáis,
como cobardes pastores.
¡Qué dagas no vi en mi pecho!
¡Qué desatinos enormes,
qué palabras, qué amenazas,
y qué delitos atroces,
por rendir mi castidad
a sus apetitos torpes!
Mis cabellos, ¿no lo dicen?
¿No se ven aquí los golpes,
de la sangre y las señales?
¿Vosotros sois hombres nobles?
¿Vosotros padres y deudos?
¿Vosotros, que no se os rompen
las entrañas de dolor,
de verme en tantos dolores?
Ovejas sois, bien lo dice
de Fuenteovejuna el nombre.
Dadme unas armas a mí,
pues sois piedras, pues sois bronces,
pues sois jaspes, pues sois tigres...

-Tigres no, porque feroces
siguen quien roba sus hijos,
matando los cazadores
antes que entren por el mar
y por sus ondas se arrojen.
Liebres cobardes nacistes;
bárbaros sois, no españoles.
Gallinas, ¡vuestras mujeres
sufrió que otros hombres gocen!
Poneos rucas en la cinta.
¿Para qué os ceñís estoques?
¡Vive Dios, que he de trazar
que solas mujeres cobren
la honra de estos tiranos,
la sangre de estos traidores,
y que os han de tirar piedras,
hilanderas, maricones,
amujerados, cobardes,
y que mañana os adornen
nuestras tocas y basquiñas,
solimanes y colores!
A Frondoso quiere ya,
sin sentencia, sin pregonos,
colgar el Comendador
del almena de una torre;
de todos hará lo mismo;
y yo me huelgo, medio-hombres,
por que quede sin mujeres
esta villa honrada, y torne
aquel siglo de amazonas,
eterno espanto del orbe.

- ESTEBAN. Yo, hija, no soy de aquéllos
que permiten que los nombres
con esos títulos viles.
Iré solo, si se pone
todo el mundo contra mí.
- JUAN ROJO. Y yo, por más que me asombre
la grandeza del contrario.
- REGIDOR. Muramos todos.
- BARRILDO. Descoge
un lienzo al viento en un palo,
y mueran estos inormes.
- JUAN ROJO. ¿Qué orden pensáis tener?

MENGO. Ir a matarle sin orden.
 Juntad el pueblo a una voz;
 que todos están conformes
 en que los tiranos mueran.

ESTEBAN. Tomad espadas, lanzones,
 ballestas, chuzos y palos.

MENGO. ¡Los Reyes nuestros señores
 vivan!

TODOS. ¡Vivan muchos años!

MENGO. ¡Mueran tiranos traidores!

TODOS. ¡Traidores tiranos mueran!

Vanse todos

LAURENCIA. Caminad, que el cielo os oye.
 -¡Ah, mujeres de la villa!
 ¡Acudid, por que se cobre
 vuestro honor, acudid todas!

Salen PASCUALA, JACINTA y otras mujeres

PASCUALA. ¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

LAURENCIA. ¿No veis cómo todos van
 a matar a Fernán Gómez,
 y hombres, mozos y muchachos,
 furiosos, al hecho corren?
 ¿Serán bien que solos ellos
 de esta hazaña el honor gocen,
 pues no son de las mujeres
 sus agravios los menores?

JACINTA. Di, pues, ¿qué es lo que pretendes?

LAURENCIA. Que puestas todas en orden,
 acometamos a un hecho
 que dé espanto a todo el orbe.
 Jacinta, tu grande agravio,
 que sea cabo; responde
 de una escuadra de mujeres.

JACINTA. No son los tuyos menores.

LAURENCIA. Pascuala, alférez serás.

PASCUALA. Pues déjame que enarbole
 en un asta la bandera:
 verás si merezco el nombre.

LAURENCIA. No hay espacio para eso,
 pues la dicha nos socorre:
 bien nos basta que llevemos
 nuestras tocas por pendones.

PASCUALA. Nombremos un capitán.

LAURENCIA. Eso no.

PASCUALA. ¿Por qué?

LAURENCIA. Que adonde
asiste mi gran valor,
no hay Cides ni Rodamontes.

Vanse, y sale FRONDOSO, *atadas las manos*; FLORES, ORTUÑO, CIMBRANOS *y el*
COMENDADOR

COMEND. De ese cordel que de las manos sobra
quiero que le colguéis, por mayor pena.

FRONDOSO. ¡Qué nombre, gran señor, tu sangre cobra!

COMEND. Colgalde luego en la primera almena.

FRONDOSO. Nunca fue mi intención poner por obra
tu muerte entonces.

FLORES. Grande ruido suena.

Ruido suena

COMEND. ¿Ruido?

FLORES. Y de manera que interrumpen
tu justicia, señor.

ORTUÑO. Las puertas rompen.

Ruido

COMEND. ¡La puerta de mi casa y siendo casa
de la encomienda!

FLORES. El pueblo junto viene.

JUAN ROJO. *(Dentro.)*

Rompe, derriba, hunde, quema, abrasa.

ORTUÑO. Un popular motín mal se detiene.

COMEND. ¡El pueblo contra mí!

FLORES. La furia pasa
tan adelante, que las puertas tiene
echadas por la tierra.

COMEND. Desatalde.

Templa, Frondoso, ese villano alcalde.

FRONDOSO. Yo voy, señor; que amor les ha movido.

Vase

MENGO. *(Dentro.)*

¡Vivan Fernando e Isabel, y mueran
los traidores!

FLORES. Señor, por Dios te pido
que no te hallen aquí.

COMEND. Si perseveran,
este aposento es fuerte y defendido.
Ellos se volverán.

FLORES. Cuando se alteran
los pueblos agraviados, y resuelven,
nunca sin sangre o sin venganza vuelven.

COMEND. En esta puerta, así como rastrillo,
su furor con las armas defendamos.

FRONDOSO. (*Dentro.*)
¡Viva Fuenteovejuna!

COMEND. ¡Qué caudillo!
Estoy porque a su furia acometamos.

FLORES. De la tuya, señor, me maravillo.

ESTEBAN. Ya el tirano y los cómplices miramos.
¡Fuenteovejuna, y los tiranos mueran!

Salen todos

COMEND. Pueblo, esperad.

TODOS. Agravios nunca esperan.

COMEND. Decídmelos a mí, que iré pagando
a fe de caballero esos errores.

TODOS. ¡Fuenteovejuna! ¡Viva el rey Fernando!
¡Mueran malos cristianos y traidores!

COMEND. ¿No me queréis oír? Yo estoy hablando;
yo soy vuestro señor.

TODOS. Nuestros señores
son los Reyes Católicos.

COMEND. Espera.

TODOS. ¡Fuenteovejuna, y Fernán Gómez muera!

Vanse, y salen las mujeres, armadas

LAURENCIA. Parad en este puesto de esperanzas
soldados atrevidos, no mujeres.

PASCUALA. ¡Los que mujeres son en las venganzas!
¡En él beban su sangre! ¿Es bien que esperes?

JACINTA. Su cuerpo recojamos en las lanzas.

PASCUALA. Todas son de esos mismos pareceres.

ESTEBAN. (*Dentro.*)
¡Muere, traidor Comendador!

COMEND. Ya muero.
¡Piedad, Señor, que tu clemencia espero!

BARRILDO. (*Dentro.*)
Aquí está Flores.

MENGO. Dale a ese bellaco;
que ése fue el que me dio dos mil azotes.

FRONDOSO. (*Dentro.*)
No me vengo si el alma no le saco.

LAURENCIA. No excusamos entrar.

PASCUALA. No te alborotes.
Bien es guardar la puerta.
BARRILDO. (*Dentro.*) No me aplaco.
¡Con lágrimas agora, marquesotes!
LAURENCIA. Pascuala, yo entro dentro; que la espada
no ha de estar tan sujeta ni envainada.

Vase

BARRILDO. (*Dentro.*)
Aquí está Ortuño.
FRONDOSO. (*Dentro.*) Córtales la cara.
Sale FLORES, huyendo, y MENGGO tras él
FLORES. ¡Mengo, piedad, que no soy yo el culpado!
MENGO. Cuando ser alcahuete no bastara,
bastaba haberme el pícaro azotado.
PASCUALA. Dánoslo a las mujeres, Mengo, para...
Acaba por tu vida.
MENGO. Ya está dado;
que no le quiero yo mayor castigo.
PASCUALA. Vengaré tus azotes.
MENGO. Eso digo.
JACINTA. ¡Ea, muera el traidor!
FLORES. ¡Entre mujeres!
JACINTA. ¿No le viene muy ancho?
PASCUALA. ¿Aqueso lloras?
JACINTA. Muere, concertador de sus placeres.
PASCUALA. ¡Ea, muera el traidor!
FLORES. ¡Piedad, señoras!
Sale ORTUÑO, huyendo de LAURENCIA
ORTUÑO. Mira que no soy yo...
LAURENCIA. Ya sé quién eres.-
Entrad, teñid las armas vencedoras
en estos viles.
PASCUALA. Moriré matando.
TODOS. ¡Fuenteovejuna, y viva el rey Fernando!
Vanse, y salen el REY DON FERNANDO y la REINA DOÑA ISABEL, y DON MANRIQUE, maestre
MANRIQUE. De modo la prevención
fue, el efeto esperado
llegamos a ver logrado
con poca contradición.
Hubo poca resistencia;
y supuesto que la hubiera,
sin duda ninguna fuera

de poca o ninguna esencia.
Queda el de Cabra ocupado
en conservación del puesto,
por si volviere dispuesto
a él el contrario osado.

REY. Discreto el acuerdo fue
y que asista es conveniente,
y reformando la gente,
el paso tomado esté.
Que con eso se asegura
no podemos hacer mal
Alfonso, que en Portugal
tomar la fuerza procura.
Y el de Cabra es bien que esté
en ese sitio asistente,
y como tan diligente,
muestras de su valor dé;
porque con esto asegura
el daño que nos recela,
y como fiel centinela,
el bien del reino procura.

Sale FLORES, herido

FLORES. Católico rey Fernando,
a quien el cielo concede
la corona de Castilla,
como varón excelente;
oye la mayor crueldad
que se ha visto entre las gentes
desde donde nace el sol
hasta donde se oscurece.

REY. Repórtate.

FLORES. Rey supremo,
mis heridas no consienten
dilatarse el triste caso,
por ser mi vida tan breve.
De Fuenteovejuna vengo,
donde, con pecho inclemente,
los vecinos de la villa
a su señor dieron muerte.
Muerto Fernán Gómez queda
por sus súbditos alevos;
que vasallos indignados

con leve causa se atreven.
Con título de tirano
que le acumula la plebe,
a la fuerza de esta voz
el hecho fiero acometen;
y quebrantando su casa,
no atendiendo a que se ofrece
por la fe de caballero
a que pagará a quien debe,
no sólo no le escucharon,
pero con furia impaciente
rompen el cruzado pecho
con mil heridas crueles,
y por las altas ventanas
le hacen que al suelo vuele,
adonde en picas y espadas
le recogen las mujeres.
Llévanle a una casa muerto,
y, a porfía, quien más puede
mesa su barba y cabello
y apriesa su rostro hieren.
En efeto fue la furia
tan grande que en ellos crece,
que las mayores tajadas
las orejas a ser vienen.
Sus armas borran con picas
y a voces dicen que quieren
tus reales armas fijar,
porque aquéllas les ofenden.
Saqueáronle la casa,
cual si de enemigos fuese,
y gozosos entre todos
han repartido sus bienes.
Lo dicho he visto escondido,
porque mi infelice suerte
en tal trance no permite
que mi vida se perdiese;
y así estuve todo el día
hasta que la noche viene,
y salir pude escondido
para que cuenta te diese.
Haz, señor, pues eres justo,
que la justa pena lleven

de tan riguroso caso
los bárbaros delincuentes:
mira que su sangre a voces
pide que tu rigor prueben.
Estar puedes confiado
que sin castigo no queden.
El triste suceso ha sido
tal, que admirado me tiene,
y que vaya luego un juez
que lo averigüe conviene,
y castigue a los culpados
para ejemplo de las gentes.
Vaya un capitán con él,
por que seguridad lleve;
que tan grande atrevimiento
castigo ejemplar requiere;
y curad a este soldado
de las heridas que tiene.

REY.

Vanse, y salen los labradores y labradoras, con la cabeza de Fernán Gómez en una lanza

MÚSICOS. *¡Muchos años vivan
Isabel y Fernando,
y mueran los tiranos!*

BARRILDO. Diga su copla Frondoso.

FRONDOSO. Ya va mi copla a la fe;
si le faltare algún pie,
enmiéndelo el más curioso.
*¡Vivan la bella Isabel,
y Fernando de Aragón,
pues que para en uno son,
él con ella, ella con él!
A los cielos San Miguel
lleve a los dos de las manos.
¡Vivan muchos años,
y mueran los tiranos!*

LAURENCIA. Diga Barrildo.

BARRILDO. Ya va,
que a fe que la he pensado.

PASCUALA. Si la dices con cuidado,
buena y rebuena será.

BARRILDO. *¡Vivan los reyes famosos
muchos años, pues que tienen
la vitoria, y a ser vienen
nuestros dueños venturosos!*

*Salgan siempre vitoriosos
de gigantes y de enanos,
y mueran los tiranos!*
MÚSICOS. *¡Muchos años vivan
Isabel y Fernando,
y mueran los tiranos!*

LAURENCIA. Diga Mengo.
FRONDOSO. Mengo diga.
MENGO. Yo soy poeta donado.
PASCUALA. Mejor dirás lastimado
el envés de la barriga.

MENGO. *Una mañana en domingo
me mandó azotar aquél,
de manera que el rabel
daba espantoso respingo;
pero agora que lo pringo,
vivan los reyes cristiánigos,
y mueran los tiránigos!*

MÚSICOS. *¡Vivan muchos años!*
ESTEBAN. Quita la cabeza allá.
MENGO. Cara tiene de ahorcado.
Saca un escudo JUAN ROJO, *con las armas [reales]*

CUADRADO. Ya las armas han llegado.
ESTEBAN. Mostrá las armas acá.
JUAN ROJO. ¿Adónde se han de poner?
CUADRADO. Aquí, en el ayuntamiento.
ESTEBAN. ¡Bravo escudo!
BARRILDO. ¡Qué contento!
FRONDOSO. Ya comienza a amanecer,
con este sol, nuestro día.

ESTEBAN. ¡Vivan Castilla y León,
y las barras de Aragón,
y muera la tiranía!
Advertid, Fuenteovejuna,
a las palabras de un viejo;
que el admitir su consejo
no ha dañado vez ninguna.
Los Reyes han de querer
averiguar este caso,
y más tan cerca del paso
y jornada que han de hacer.
Concertaos todos a una
en lo que habéis de decir.

FRONDOSO. ¿Qué es tu consejo?
 ESTEBAN. Morir diciendo *Fuenteovejuna*,
 y a nadie saquen de aquí.
 FRONDOSO. Es el camino derecho.
 Fuenteovejuna lo ha hecho.
 ESTEBAN. ¿Queréis responder así?
 TODOS. Sí.
 ESTEBAN. Ahora pues, yo quiero ser
 Agora el pesquisidor,
 Para ensayamos mejor
 en lo que habemos de hacer.
 Sea Mengo el que esté puesto
 en el tormento.
 MENGO. ¿No hallaste otro más flaco?
 ESTEBAN. ¿Pensaste que era de veras?
 MENGO. Di presto.
 ESTEBAN. ¿Quién mató al Comendador?
 MENGO. Fuenteovejuna lo hizo.
 ESTEBAN. Perro, ¿si te martirizo?
 MENGO. Aunque me matéis; señor.
 ESTEBAN. Confiesa, ladrón.
 MENGO. Confieso.
 ESTEBAN. Pues ¿quién fue?
 MENGO. Fuenteovejuna.
 ESTEBAN. Dalde otra vuelta.
 MENGO. Es ninguna.
 ESTEBAN. ¡Cagajón para el proceso!
Sale el REGIDOR [CUADRADO]
 REGIDOR. ¿Qué hacéis de esta suerte aquí?
 FRONDOSO. ¿Qué ha sucedido, Cuadrado?
 REGIDOR. Pesquisidor ha llegado.
 ESTEBAN. Echá todos por ahí.
 REGIDOR. Con él viene un capitán.
 ESTEBAN. Venga el diablo: ya sabéis
 lo que responder tenéis.
 REGIDOR. El pueblo prendiendo van,
 sin dejar alma ninguna.
 ESTEBAN. Que no hay que tener temor.
 ¿Quién mató al Comendador, Mengo?
 MENGO. ¿Quién? ¡Fuenteovejuna!
Vanse, y salen el MAESTRE y un SOLDADO
 MAESTRE. ¡Que tal caso ha sucedido!

Infelice fue su suerte.
Estoy por darte la muerte
por la nueva que has traído.

SOLDADO. Yo, señor, soy mensajero,
y enojarte no es mi intento.

MAESTRE. ¡Que a tal tuvo atrevimiento
un pueblo enojado y fiero!
Iré con quinientos hombres,
y la villa he de asolar;
en ella no ha de quedar
ni aun memoria de los nombres.

SOLDADO. Señor, tu enojo reporta;
porque ellos al Rey se han dado,
y no tener enojado
al Rey es lo que te importa.

MAESTRE. ¿Cómo al Rey se pueden dar,
si de la encomienda son?

SOLDADO. Con él sobre esa razón
podrás luego pleitear.

MAESTRE. Por pleito ¿cuándo salió
lo que él le entregó en sus manos?
Son señores soberanos,
y tal reconozco yo.
Por saber que al Rey se han dado
me reportará mi enojo,
y ver su presencia escojo
por lo más bien acertado;
que puesto que tenga culpa
en casos de gravedad,
en todo mi poca edad
viene a ser quien me disculpa.
Con vergüenza voy; mas es
honor quien puede obligarme,
y importa no descuidarme
en tan honrado interés.

Vanse; sale LAURENCIA sola

LAURENCIA. Amando, recelar daño en lo amado,
nueva pena de amor se considera,
que quien en lo que ama daño espera
aumenta en el temor nuevo cuidado.
El firme pensamiento desvelado,
si le aflige el temor, fácil se altera;
que no es a firme fe pena ligera

ver llevar el temor el bien robado.
Mi esposo adoro; la ocasión que veo
al temor de su daño me condena,
si no le ayuda la felice suerte.
Al bien suyo se inclina mi deseo:
si está presente, está cierta mi pena;
si está en ausencia, está cierta mi muerte.

Sale FRONDOSO

FRONDOSO. ¡Mi Laurencia!

LAURENCIA. ¡Esposo amado!
¿Cómo estar aquí te atreves?

FRONDOSO. ¿Esas resistencias debes
a mi amoroso cuidado?

LAURENCIA. Mi bien, procura guardarte,
porque tu daño recelo.

FRONDOSO. No quiera, Laurencia, el cielo
que tal llegue a disgustarte.

LAURENCIA. ¿No temes ver el rigor
que por los demás sucede,
y el furor con que procede
aqueste pesquisidor?
Procura guardar la vida.

FRONDOSO. Huye, tu daño no esperes.
¿Cómo que procure quierdes
cosa tan mal recebida?
¿Es bien que los demás deje
en el peligro presente
y de tu vista me ausente?
No me mandes que me aleje;
porque no es puesto en razón
que, por evitar mi daño,
sea con mi sangre extraño
en tan terrible ocasión.

(Voces dentro)

Voces parece que he oído,
y son, si yo mal no siento,
de alguno que dan tormento.
Oye con atento oído.

Dice dentro el JUEZ, y responden

JUEZ. Decid la verdad, buen viejo.

FRONDOSO. Un viejo, Laurencia mía,
atormentan.

LAURENCIA. ¡Qué porfía!

ESTEBAN. Déjenme un poco.
 JUEZ. Ya os dejo.
 Decid, ¿quién mató a Fernando?
 ESTEBAN. Fuenteovejuna lo hizo.
 LAURENCIA. Tu nombre, padre, eternizo.

 FRONDOSO. ¡Bravo caso!
 JUEZ. Ese muchacho
 aprieta. Perro, yo sé
 que lo sabes. Di quién fue.
 ¿Callas? Aprieta, borracho.
 NIÑO. Fuenteovejuna, señor.
 JUEZ. ¡Por vida del Rey, villanos,
 que os ahorque con mis manos!
 ¿Quién mató al Comendador?
 FRONDOSO. ¡Que a un niño le den tormento
 y niegue de aquesta suerte!
 LAURENCIA. ¡Bravo pueblo!
 FRONDOSO. Bravo y fuerte.
 JUEZ. Esa mujer al momento
 en ese potro tened.
 Dale esa mancuerna luego.
 LAURENCIA. Ya está de cólera ciego.
 JUEZ. Que os he de matar, creed,
 en ese potro, villanos.
 ¿Quién mató al Comendador?
 PASCUALA. Fuenteovejuna, señor.
 JUEZ. ¡Dale!
 FRONDOSO. Pensamientos vanos.
 LAURENCIA. Pascuala niega, Frondoso.
 FRONDOSO. Niegan niños: ¿qué te espantas?
 JUEZ. Parece que los encantas.
 ¡Aprieta!
 PASCUALA. ¡Ay, cielo piadoso!
 JUEZ. ¡Aprieta, infame! ¿Estás sordo?
 PASCUALA. Fuenteovejuna lo hizo.
 JUEZ. Traedme aquel más rollizo;
 ese desnudo, ese gordo.
 LAURENCIA. ¡Pobre Mengo! Él es sin duda.
 FRONDOSO. Temo que ha de confesar.
 MENGO. ¡Ay, ay!
 JUEZ. Comienza a apretar.
 MENGO. ¡Ay!

JUEZ. ¿Es menester ayuda?
MENGO. ¡Ay, ay!
JUEZ. ¿Quién mató, villano,
al señor Comendador?
MENGO. ¡Ay, yo lo diré señor!
JUEZ. Afloja un poco la mano.
FRONDOSO. Él confiesa.
JUEZ. Al palo aplica
la espalda.
MENGO. Quedo, que yo
lo diré.
JUEZ. ¿Quién lo mató?
MENGO. Señor, Fuente Ovejuna.
JUEZ. ¿Hay tan gran bellaquería?
Del dolor se están burlando.
En quien estaba esperando,
niega con mayor porfía.
Dejaldos; que estoy cansado.
FRONDOSO. ¡Oh, Mengo, bien te haga Dios!
Temor que tuve de dos,
el tuyo me le ha quitado.

Salen MENGO, BARRILDO y el REGIDOR

BARRILDO. ¡Vitor, Mengo!
REGIDOR. Y con razón.
BARRILDO. ¡Mengo, vitor!
FRONDOSO. Eso digo.
MENGO. ¡Ay, ay!
BARRILDO. Toma, bebe, amigo.
Come.
MENGO. ¡Ay, ay! ¿Qué es?
BARRILDO. Diacitrón.
MENGO. ¡Ay, ay!
FRONDOSO. Echa de beber.
BARRILDO. De comer y beber va.
FRONDOSO. Bien lo cuela. Bueno está.
LAURENCIA. Dale otra vez de comer.
MENGO. ¡Ay, ay!
BARRILDO. Ésta va por mí.
LAURENCIA. Solemnemente lo embebe.
FRONDOSO. El que bien niega bien bebe.
REGIDOR. ¿Quieres otra?
MENGO. ¡Ay, ay! Sí, sí.

FRONDOSO. Bebe, que bien lo mereces.
 LAURENCIA. A vez por vuelta las cuela.
 FRONDOSO. Arrópale, que se hiela.
 BARRILDO. ¿Quieres más?
 MENGO. Sí, otras tres veces.
 ¡Ay, ay!
 FRONDOSO. Si hay vino pregunta.
 BARRILDO. Sí hay; bebe a tu placer;
 que quien niega ha de beber.
 ¿Qué tiene?
 MENGO. Una cierta punta.
 Vamos; que me arromadizo.
 FRONDOSO. Que vea que éste es mejor.
 ¿Quién mató al Comendador?
 MENGO. Fuente Ovejuna lo hizo.
Vanse
 FRONDOSO. Justo es que honores le den.
 Pero, decidme, mi amor,
 ¿quién mató al Comendador?
 LAURENCIA. Fuenteovejuna, mi bien.
 FRONDOSO. ¿Quién le mató?
 LAURENCIA. Dasmé espanto.
 Pues Fuenteovejuna fue.
 FRONDOSO. Y yo ¿con qué te maté?
 LAURENCIA. ¿Con qué? Con quererte tanto.
Vanse, y salen el REY y la REINA y MANRIQUE, luego
 ISABEL. No entendí, señor, hallaros
 aquí, y es buena mi suerte.
 REY. En nueva gloria convierte
 mi vista el bien de miraros.
 Iba a Portugal de paso,
 y llegar aquí fue fuerza.
 ISABEL. Vuestra majestad le tuerza,
 siendo conveniente el caso.
 REY. ¿Cómo dejáis a Castilla?
 ISABEL. En paz queda, quieta y llana.
 REY. Siendo vos la que la allana
 no lo tengo a maravilla.
 MANRIQUE. Para ver vuestra presencia
 el Maestre de Calatrava,
 que aquí de llegar acaba,
 pide que le deis licencia.

ISABEL. Verle tenía deseado.
MANRIQUE. Mi fe, señora, os empeño,
que, aunque es en edad pequeño,
es valeroso soldado.

Vase, y sale el MAESTRE

MAESTRE. Rodrigo Téllez Girón,
que de loaros no acaba,
Maestre de Calatrava,
os pide, humilde, perdón.
Confieso que fui engañado,
y que excedí de lo justo
en cosas de vuestro gusto,
como mal aconsejado.
El consejo de Fernando
y el interés me engañó,
injusto fiel; y así, yo
perdón, humilde, os demando.
Y si recibir merezco
esta merced que suplico,
desde aquí me certifico
en que a serviros me ofrezco,
y que en aquesta jornada
de Granada, adonde vais,
os prometo que veáis
el valor que hay en mi espada;
donde sacándola apenas,
dándoles fieras congojas,
plantaré mis cruces rojas
sobre sus altas almenas;
y más quinientos soldados
en serviros emplearé,
junto con la firma y fe
de en mi vida disgustaros.

REY. Alzad, Maestre, del suelo;
que siempre que hayáis venido
seréis muy bien recibido.

MAESTRE. Sois de afligidos consuelo.

ISABEL. Vos, con valor peregrino,
sabéis bien decir y hacer.

MAESTRE. Vos sois una bella Ester,
y vos un Jerjes divino.

Sale MANRIQUE

MANRIQUE. Señor, el pesquisidor

que a Fuenteovejuna ha ido,
con el despacho ha venido
a verse ante tu valor.

REY. Sed juez de estos agresores.

MAESTRE. Si a vos, señor, no mirara,
sin duda les enseñara
a matar Comendadores.

REY. Eso ya no os toca a vos.

ISABEL. Yo confieso que he de ver
el cargo en vuestro poder,
si me lo concede Dios.

Sale el JUEZ

JUEZ.

A Fuenteovejuna fui
de la suerte que has mandado,
y con especial cuidado
y diligencia asistí.
Haciendo averiguación
del cometido delito,
una hoja no se ha escrito
que sea en comprobación;
porque conformes a una,
con un valeroso pecho,
en pidiendo quién lo ha hecho,
responden: «Fuenteovejuna.»
Trecientos he atormentado
con no pequeño rigor,
y te prometo, señor,
que más que esto no he sacado.
Hasta niños de diez años
al potro arrimé, y no ha sido
posible haberlo inquirido
ni por halagos ni engaños.
Y pues tan mal se acomoda
el poderlo averiguar,
o los has de perdonar,
o matar la villa toda.
Todos vienen ante ti
para más certificarte:
de ellos podrás informarte.

REY. Que entren, pues vienen, les di.

Salen los dos alcaldes, FRONDOSO, las mujeres y los villanos que quisieren

LAURENCIA. ¿Aquestos los reyes son?

FRONDOSO. Y en Castilla poderosos.

LAURENCIA. Por mi fe, que son hermosos:
¡bendígalos San Antón!

ISABEL. ¿Los agresores son éstos?

ESTEBAN. Fuenteovejuna, señora,
que humildes llegan agora
para serviros dispuestos.
La sobrada tiranía
y el insufrible rigor
del muerto Comendador,
que mil insultos hacía,
fue el autor de tanto daño.
Las haciendas nos robaba
y las doncellas forzaba
siendo de piedad extraño.

FRONDOSO. Tanto, que aquesta zagala,
que el cielo me ha concedido,
en que tan dichoso he sido
que nadie en dicha me iguala,
cuando conmigo casó,
aquella noche primera,
mejor que si suya fuera,
a su casa la llevó;
y a no saberse guardar
ella, que en virtud florece,
ya manifiesto parece
lo que pudiera pasar.

MENGO. ¿No es ya tiempo que hable yo?
Si me dais licencia, entiendo
que os admiréis, sabiendo
del modo que me trató.
Porque quise defender
una moza de su gente,
que con término insolente
fuerza la querían hacer,
aquel perverso Nerón,
de manera me ha tratado,
que el reverso me ha dejado
como rueda de salmón.
Tocaron mis atabales
tres hombres con tal porfía,
que aun pienso que todavía
me duran los cardenales.

Gasté en este mal prolijo,
porque el cuero se me curta,
polvos de arrayán y murta
más que vale mi cortijo.

ESTEBAN.

Señor, tuyos ser queremos.

Rey nuestro eres natural,
y con título de tal
ya tus armas puesto habemos.

Esperamos tu clemencia,
y que veas, esperamos,
que en este caso te damos
por abono la inocencia.

REY.

Pues no puede averiguarse
el suceso por escrito,
aunque fue grave el delito,
por fuerza ha de perdonarse.
Y la villa es bien se quede
en mí, pues de mí se vale,
hasta ver si acaso sale
Comendador que la herede.

FRONDOSO.

Su Majestad habla, en fin,
como quien tanto ha acertado.
Y aquí, discreto senado,
Fuenteovejuna da fin.